



Tres meses con la vida en un hilo

"...yo les dije que rezáramos en voz alta para que Dios nos pudiera oír mejor...".

MIGUEL SALGUERO

CAPITULO SEGUNDO

Juan Pío Angulo

A las ocho de la mañana del domingo 2 de abril estalló el motor de La Florita. Con los nortes encima, balanceada como una nuez la embarcación de siete varas de largo, los cinco tripulantes quedamos a la voluntad de Dios. Tan grande era el oleaje que el timón no podía gobernar y sin ningún medio para impulsar la lancha, pronto fuimos empujados, como en un sinnúmero de picos montañosos, entre levantamientos, a las crestas de las olas y profundos bajonazos, rumbo al mar abierto.

Al principio creíamos que pronto se iría a pique La Florita. Que no resistiría aquella tremenda presión del oleaje. Si era necesario estar achicando constantemente, porque el agua entraba por una abertura atrás, en la popa, en donde le habían colocado una pieza nueva. Indudablemente dejaron mal hecho el trabajo. Pero por lo demás la embarcación estaba bien construida y soportó los embates del mar.

Por el momento nada podíamos hacer. Primero, ya a eso de la una de la tarde calculamos que íbamos a unas diez millas de la parte de tierra más cercana; y la nortera seguía —continuó por veinte días más— en su furia, lo que hizo imposible cualquier intento de una maniobra. ¿Y con qué medios podríamos hacerla? Lanzarnos al agua hubiera sido un suicidio. Por lo tanto, solamente nos quedaba el recurso de la espera. El barquichuelo no llevaba ningún tipo de salvavidas, ni contaba con medio alguno de comunicación con otros barcos. Tampoco tenía radio receptores portátiles. El aislamiento, pues, era absoluto.

Yo me acomodé lo mejor que pude en la popa, eché la vista hacia la tierra que se alejaba a mucha velocidad, y traté de calmar mis nervios. Todos estábamos llenos de nerviosismo. Especialmente los dos negros, que, cosa muy rara, no sabían nadar. Ambos eran buenos trabajadores, según supe después, y sabían todos los secretos de la pesca, pero desde el barco; en el agua eran dos nulidades.

En horas de la tarde nos acordamos de que La Florita tenía una ancla de 25 yardas. Inmediatamente les dije a mis compañeros que la echáramos, a ver si por casualidad tocaba algún arrecife. Sin embargo, y cosa lógica, pues estábamos en alta mar, aquello no surtió ningún efecto. El viento continuaba recio y la costa cada vez se empequeñecía más y más. La angustia se apoderó de todos, a tal extremo que en un principio rezábamos en silencio, pero luego yo les dije que lo hiciéramos en voz alta, para que Dios nos pudiera oír mejor.

Fue imposible reconciliar el sueño por breves segundos. El vaivén del oleaje y el temor de que se fuera a pique la lanchita, nos mantenía en vigilia constante. Todos mirábamos y remirábamos nuestro alrededor y el horizonte, en busca de algún islote o de un barco. "Muchachos —les dije en la pura tarde, cuando ya estaba al terminar ese primer día angustioso— no hay que desesperarse. Posiblemente mañana vamos a amanecer en la ruta de los barcos grandes, los que van a Puntarenas, o al norte, a Nicaragua y otros países, y con seguridad alguno de ellos nos ve. Recemos otra vez...".

Pero ya Alfredo estaba muy nervioso y casi desesperado. "No llamen a Dios, llamen al Diablo, que es el que ayuda en estos casos. Dios no saca a nadie de apuros. El Diablo sí puede ponernos en tierra en cualquier momento...". No intentamos porfiarle porque se le podía venir encima a uno en un arranque de cólera. Por otra parte, los dos se portaron bien. Goyito, el otro negro —ambos eran de Bluefields, Nicaragua— sí creía en Dios y oraba con nosotros.

Para medio descansar había que hacerlo en el piso, porque no contaba La Florita con camarotes ni comodidad de ninguna especie. Era, digámoslo ya, un bote al que se le había hecho una especie de alzamiento adelante y atrás y se le colocó una toldilla para protección del sol. Pero en vista de la tremenda marejada, y de que nada podíamos hacer para gobernar el barquito a la deriva, decidimos quitarle el toldo. Solamente dejamos una especie de vara levantada, para que pudiera ponerse de pie uno de nosotros, a fin de servir de vigía. Comenzó entonces la tarea de vigilar, que hacíamos todos, a intervalos. Pronto comenzó a bajar el sol y aumentaron nuestras preocupaciones. La noche se presentaba como el predudio de la muerte. Sin duda alguna los peligros aumentarían a cada instante. Nos horrorizaba la idea de zozobrar en tinieblas, sin ver si había un barco cerca o algún islote a donde dirigirnos a nado. El viento seguía soplando con gran fuerza y la tierra, poco a poco, desaparecía de nuestra vista.

La sed horrible de la goma y el sol que nos azotaba, me apretaban la garganta, y sentía que casi me ahogaba. Poco a poco fuimos consumiendo el agua de la botella y el encurtido, en gajitos para amortiguar un poco la sed. Pero ésta aumentaba a tal punto que algunos de los compañeros se tomaron unos jarros de agua de mar. Por supuesto que luego sintieron con más fuerza la tormenta de la sed. Yo me adelanté al centro del bote y busqué dentro de la nevera de cemento, algún resto de comida o un puchito de agua. Nada había. En aquellos momentos lo más aconsejable era volar al mar la nevera y el motor, con el fin de aligerar el peso. Pero la pequeña cámara enfriadora estaba bien pegada a la lancha, lo mismo que la maquineta rota; y ni siquiera intentamos arrojarlos fuera. Regresé a mi sitio, medio me acomodé y seguí orando.

Ya dije que ninguno de nosotros llevaba ropa de recambio. Yo usaba únicamente la pantaloneta; por lo tanto, iba a espalda descubierta. Alberto y Angel sí llevaban algún trapo sobre la espalda. Los dos morenos, que ahora apenas se medio dibujaban en la oscuridad de las primeras horas de la noche, tenían sus maletas al centro de la lanchita. Pero no poseían otra cosa que cuatro trapos y una cobija pequeña y mala.

En la regla a manera de mástil hacíamos guardia por turnos. Cuando uno se cansaba, el otro se ponía de pie. Yo traté de escudriñar todo punto del mar en espera de tropezar con algún barco o tal vez un punto de tierra firme. Pero por las estrellas, que aparecieron tan pronto anocheció, pues estábamos en pleno verano y por lo tanto no había nubes a la vista, me di cuenta de que íbamos mar adentro sin remedio. Yo observaba las siete cabritas, el arado y otros puntos conocidos, y veía que el viento nos arrojaba hacia mar afuera en forma constante.

La noche se hizo larga, larguísima, como si hubiera durado un año entero. Fue entonces cuando comencé a sentir los ojos humedecidos. El hambre, el viento frío y la oscuridad, me cansaron; y ya al amanecer del segundo día, sentimos golpes en la lanchita. El primer día no tuvimos tiempo de observar, en medio de la nortera tremenda, lo que nos rodeaba en el agua. Pero a las primeras horas del segundo día nos dimos cuenta que nos rondaban enjambres de animales peligrosísimos, como tiburones tigres. La sed de la goma siguió mortificándome.

Cuando salió el sol un desaliento tremendo borró la alegría del amanecer, que lo esperábamos con ansia. Y de nuevo sentí que se me humedecían los ojos al darme cuenta de que la situación era prácticamente insostenible. La tierra había desaparecido por completo. El viento seguía soplando, y La Florita, insignificante en aquella inmensidad, se iría a pique en cualquier momento. Entonces, la verdad, todos sentimos deseos de llorar.

Continuará...